

MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación
Hispánica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen IV

Edición de Juan Paredes

GRANADA
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

La narrativa breve en las literaturas peninsulares: *Història de Jacob Xalabín y El abencerraje* *y la hermosa Jarifa*

1. El *Diccionario de Autoridades* (vol. D-Ñ, 801) define como *frontera* “la raya y término que parte y divide los Reinos, por estar el uno frontero del otro” y como *fronterizo* “lo que está o sirve en la frontera: como soldado fronterizo, Ciudad fronteriza, &c. Significa también lo que está enfrente de otra cosa”. La noción de lo frontero reúne por tanto la presencia de un *horizonte* con un *modus vivendi* implícito. Las lenguas románicas acogieron léxicamente esa realidad que expresan en parejas de sinónimos con respecto a las voces castellanas enunciadas: gall.-port. “fronreira”, “fronreiro”; cat. “frontera”, “fronter”; fr. “frontière”, “frontier”; prov. “frontiera”, “frontier”; rum. “hotar”, “de hotar”; tosc. “frontière”, “frontièro”. A lo largo de su geografía la relación con culturas hermanas, también con otras ajenas, incentivó la noción de lo fronterizo sobre la conciencia de la diferencia. Y como ha explicado J. A. Maravall (1972: pp. 120, 122-123), se potenció a medida que se desarrolló un sentido corporativo de base territorial. Es ese un largo proceso que va de la superación del régimen feudal al sistema de Estados del que habría que descartar límites emblemáticos como la muralla china y el *limes* romano que son de carácter militar y no definen obligatoriamente una homogeneidad interior defendida por la frontera (J. A. Maravall, 1972: pp. 120-121). El mismo historiador informa (1972: pp. 121-123, 124) que en la época feudal del medievo no existe la frontera sino la marca o región fronteriza; que sólo desde el siglo XIII podría empezarse a hablar de frontera y que una creciente conciencia comunitaria de la vida política y del particularismo pre-estatal durante el siglo XIV definiría un sentimiento de frontera, por interés personal y no sólo del príncipe, y que cuaja en todas las capas sociales en el siglo XVI. Pero ese proceso no implica que lo que los documentos catalanes del siglo XI describen como “in marchis eremis et in solitaris locis”, “in ipsa marcha extrema, id est, in campum, in loco solitudinis”, aquellas regiones de nadie, de población escasa y discontinua de guerreros-colonos sujetos o no al príncipe vecino, cercos casi desérticos de los reinos medievales, fuera del poder real y que no hay que

entender como espacio administrativo ni político (J. A. Maravall, 1972: pp. 121-122), no implica, decía, que llegado el quinientos se pueda entender como una sistemática y completa organización administrativa (J. A. Maravall, 1972: p. 126). J. A. Maravall (1972: por ej. pp. 123-125) ordena variada información de los siglos XV y XVI en la que se sigue insistiendo en la importancia de los castillos fronteros para “... la paz y seguridad de los reinos” (Cortes de Toledo, 1462), función en la que insiste Carlos V en las *Instrucciones* de 1543 dedicadas a su hijo Felipe. Creo que aún para entonces –y la fecha ronda el año de edición del texto castellano que aquí nos trae– la noción de frontera conlleva aspectos que remiten a la naturaleza que se ha ido despejando desde la Edad Media y que tal vez hoy conservan las zonas fronterizas como geografías humanas y culturales de transición. Gracias a la Dra. M^a V. Navas (U.C.M.) he recibido ordenada toda una información que remite a otras fuentes de investigación y que delimita una cierta *semántica de la frontera*: la frontera no interesa como línea sino como zona, no es una raya sino un conjunto con anchura a ambos lados; por ello es área de transición, de encuentro; puede atender a fenómenos físicos, normalmente cuando se desconoce el territorio hacia el cual avanza una comunidad; el contacto establecido con una cultura diametralmente opuesta puede potenciar la toma de medidas diferenciadoras, pero la relación de las dos individualidades genera una peculiaridad que, además, refleja el tipo de relación de los estados fronterizos; el tipo de relaciones allí establecido abarca lo histórico, lo económico, lo etnográfico, lo lingüístico, lo familiar; finalmente, por motivos políticos, la frontera puede pasar de ser un lugar vivo, a ser un punto de equilibrio o, finalmente, una frontera de estacamiento o muerta.

En la Península Ibérica pudo darse un temprano desarrollo del citado sentimiento de frontera por la inmediatez del Islam, que pondría en funcionamiento todos esos mecanismos, caso, de cualquier manera, que no hay que entender como exclusivo ante otras experiencias de la cultura románica siempre que ésta se instale en zonas igualmente periféricas. La diferencia cultural, religiosa y étnica opera horizontalmente a lo largo del Mediterráneo, creando una franja de transición, encuentro o lucha que puede hallar, a medida que avanzamos hacia el Mediterráneo oriental, una circunstancia añadida en lo que se refiere a la presencia cristiana: tratándose normalmente de puertos o colonias, se carece de un respaldo homogeneizado que sirva como inmediato soporte. No obstante, eso no es óbice para que no nos encontremos con una experiencia humana y unos lugares comunes repetidos, la una y los otros, cuya somera revisión puede servir para la posterior homologación de motivos literarios en los textos contrastados, aún contando con la advertencia con que se acabará esta introducción. Intento facilitar un esquemático encuadre histórico-cultural.

La frontera existe –al principio hablé de *horizonte*– como espacio dominado por el espíritu de la cruzada, y como espacio de convivencia, generando una doble conducta, la bélica y la moral (F. López Estrada, 1992: pp. 26-28). La primera hay que imaginarla en los enfrentamientos sujetos en muchas ocasiones al ciclo estacional o en las episódicas correrías, escaramuzas y detenciones. La segunda, y en la medida en que fueran respetados, en el marco de los tratados de paz y de la tolerancia fronteriza que en el sur peninsular aumentaron a lo largo del siglo XV (F. López Estrada, 1957: pp. 83, 87-88; 1970: pp. 127-129; 1992: p. 26) y que en el oriente mediterráneo constata por ejemplo el pacto firmado en 1364 entre catalanes y turcos, durante el reinado de Murat, eje histórico del texto catalán después tratado (J. M. Ribera, 1990-1991: p. 10). Los dos títulos seleccionados quedan, al menos argumentalmente, enmarcados en una realidad histórica constatable. Ahora bien, más allá de esa transitoria oficialidad, la zona de frontera se muestra como área de intercambio, de sobrevivencia, de refugio, incluso de fuera de la ley, y aquí llegamos al *modus vivendi* frontero. El comercio, por ejemplo, habrá que entenderlo como una actividad constante que supera la función del episódico trueque. Si en la Península, los reinos cristianos “los bordes de sus fronteras tocaban la tierra de los musulmanes” y población híbrida como mozárabes y mudejares actuaban como “intermediarios” en todos los sentidos (F. López Estrada, 1970: pp. 143, 131-134), pareja realidad habría que imaginar para los “ducats” catalanes de la Rumania y para sectores de aquella población como los “turcoples” y los propios súbditos catalano-aragoneses un día desplazados y crecientemente desarraigados de la metropolí. Todo ello genera un margen de independencia en comportamientos y actuaciones desde esas geografías. J. A. Maravall advertía sobre la relativa dependencia del príncipe vecino y para F. López Estrada (1965: p. 12) el caballero frontero, del cual sería prototipo el Narváez de *El Abencerraje*, conocía mejor al moro, en la guerra y en las treguas, y lejos de la corte podía optar por una política propia e independiente. La libertad de actuación con respecto al moro por parte de caballeros cristianos, en algún caso de curiosa proximidad argumental a *El Abencerraje*, así lo testimonia (F. López Estrada, 1957: pp. 211-238; 1992: p. 27). Ese distanciamiento puede convertirse en abandono por parte del poder central cuando una mayor distancia y un gradual cambio de intereses aleja ambas geografías. Este es el caso de los “ducats” catalanes que, aún reconociéndose y reconocidos como súbditos, no recibirán contestación ni ayuda a sus patéticas llamadas ante la inminente amenaza turca (J. M. Ribera, 1990-1: pp. 306-307; 1990-1991: p. 11).

Dentro de esas formas de vida facilitadas o potenciadas por la frontera, los márgenes de libertad de acción pueden conducir al libertinaje. J. A. Maravall (1972: p. 127) remite a la relación entre lo fronterizo y el bandidaje y en la información cedida por la Dra. Navas se habla de la repoblación en las fronteras

de los reinos peninsulares mediante criminales a cambio de su impunidad, caso en que cabe pensar que no siempre abandonarían sus hábitos a cambio de su libertad. El retrato que se nos ha ofrecido por A. Rubió i Lluch de la población catalano-aragonesa en el Mediterráneo oriental no parece exento de ese componente (J. M. Ribera, 1990-1991: p. 9). Allí tenemos documentada por Ll. N. d'Olwer y K. M. Setton la actuación conjunta de piratas catalanes y turcos o la venta de prisioneros cristianos por piratas catalanes y denunciadas por la Iglesia (J. M. Ribera, 1990-1991: p. 10). Venecianos, genoveses y catalanes viven en aquellas orillas de mutuas rapiñas, bienes robados que sólo si no se ponen al servicio de su señor merecen de los usurpadores la denuncia (J. M. Ribera, 1990-1: p. 304).

Ese espacio, cuyo perfil pienso exportable a cualquier otra poblada franja fronterera en la cronología que nos ocupa (Edad Media - s. XVI), genera intereses en primer lugar y en segundo lugar, a la larga, puede crear modas culturales y géneros literarios. Ciñéndonos ahora a lo primero, *Història de Jacob Xalabín* (f.s. XIV-p.s. XV), tergiversando la historia y convirtiendo a Beseyt Bey –destructor último de los “ducats” catalanes– en usurpador, debe haber sido formulación de una voz o unas voces que veían barrido su medio de subsistencia. Eso en su presumible versión oral, crecida y divulgada entre catalanoparlantes de aquellos parajes. Otra cosa es que la textualización haya podido operar ya en levante como una *nouvelle* (J. M. Ribera, 1990-1991: pp. 10-11). Con respecto a *El Abencerraje y la hermosa Jarifa* (A. Villegas, 1565) debemos acatar que en los romances no se hallan noticias coetáneas de su argumento (F. López Estrada, 1992: p. 56). Pero si se atiende a los diversos interrogantes que no permiten desechar una embrionaria versión oral o escrita del argumento (E. Moreno Báez, 1954: p. 312; F. López Estrada, 1957: p. 40; K. Whinnom, 1959; L. Morales Oliver, 1972: p. 36; F. López Estrada, 1992: p. 13), en torno al primitivismo de la versión *Corónica* o de lo reducido de la *Historia del moro* –tradicón que, de acuerdo con la llamada de E. Moreno Báez (1954: p. 311) probaría el que Villegas no acusara de plagio a los editores de la versión de la *Diana*– tal vez nos estemos aproximando a un momento de gestación cercano a la cronología del conflicto granadino de los Abencerrajes (1462, 1484): allí, la –por oral– indocumentada versión coetánea intentaría romper una lanza a favor del vilipendiado linaje formulando un argumento de tanta suerte quinientista. Otra hipótesis de origen laudatorio se apuntará después. Y si no se quiere así, y en cualquier caso, las versiones del siglo XVI, todas ellas de una u otra manera ligadas a moriscos y conversos (F. López Estrada, 1957: p. 283; 1965: p. 6; 1992: pp. 47-50) remiten a *problemas de frontera* heredados y mal resueltos en el interior de la corona española. La frontera –el “ámbito poético de la frontera” (F. López Estrada, 1957: p. 250)– es así pues espacio literario idóneo para ubicar una ficción fuertemente funcionalizada extraliterariamente.

Ahora bien la mirada que sobre la frontera ofrecen o documentan los dos textos parte de perspectivas espaciales y temporales distintas. El texto catalán se presenta como una “*Istòria*” (HJX p. 49) rápidamente acompañada de datos históricos, y el castellano se ofrece como “relato”, como “tabla” (AHJ p. 103). El primero –incluida su tergiversación e incorporado todo el incremento caballeresco y sentimental– pretende ser constatación de los hechos mientras que el segundo es como poco una rememoración si no una evocación, consciente de y feliz en su ejercicio literario casi manierista. La voz catalana informa de unos hechos recientemente acaecidos en el imperio turco y desde su interior. Aquí el horizonte es “lo crestià Búrgar” (HJX p. 139) y sólo la confección narratológica del relato así como el uso del romance hacen implícita la presencia del receptor no turco. Es así como la *Història* se instala como documento de la franja fronteriza. Por su parte *El Abencerraje* trae y lleva la acción de una a otra zona en contacto, zonas de leyes diversas representadas por personajes que equiparan la nobleza y la virtud (F. López Estrada, 1957: pp. 198-199; 1992: pp. 43-47). Además *El Abencerraje* recupera el “cuento” (AHJ p. 104) de una cronología pasada para su evocación. Es aquí donde hay que entender con C. Guillén (1965; 1971: pp. 162, 169-173) cuán poco relevante es la historicidad del relato y si no hay que verla más en relación con una situación coetánea, la expulsión de los moriscos. Para F. López Estrada (1957: pp. 96, 128, 115, 100) ya no puede haber “intención épica en la perpetuación de la noticia”, interesa lo lírico-novelesco con afán didáctico: el aire de crónica inicial cede ante la ficción y lo literario que reelabora posibles motivos históricos como el cautiverio a favor de la historia de amor. Al final lo que resulta es la fijación en “fórmula literaria”, el “orden poético” por encima de los fragmentos de noticias y con una fuerte cohesión (F. López Estrada, 1957: pp. 116, 178, 8-9). Lo que hay en *El Abencerraje* es una “primorosa adivinación poética de la compleja vida de la frontera cristiana con el reino de Granada”, interpretación que el propio F. López Estrada ha ido derivando hacia lecturas menos idílicas (F. López Estrada, 1965: p. 11; 1992: pp. 19, 51-52). Lo que no hay que forzar en ningún caso es su función como fuente histórica, aunque por la suerte del relato hay que pensar en la complicidad entre autor y lectores ante algo aún reconocible pues a través de los moriscos y del folklore se perpetúan ecos de la situación desaparecida tras 1492 (F. López Estrada, 1992: p. 37). Con todo, la inmediatez de la *Història* puede más como documento de una frontera existente aunque su presencia no sea tácita. Mientras tanto *El Abencerraje* “... es la interpretación renacentista de la historia de la frontera” (F. López Estrada, 1957: p. 285). Interesa ahora ver en qué medida textos diversos proyectados desde una experiencia cultural constatable que los hace *relatos de frontera*, prefiguran una topología literaria que encamina hacia la novela morisca.

2. Errará la crítica y la historia de la literatura que deseche la comprensión supranacional de la Península durante el medievo. Se limitará a sí misma. A la hora de revisar modas como la de la *maurofilia* y entender que arranca de un respeto al moro que se proyecta desde la Edad Media y que se afianza durante los siglos XIV y XV combinado con incentivos exotistas, para acabar por reconocer un único foco de atracción, Granada (R. Menéndez Pidal, 1956: pp. 26-31). También al concretar la cronología de acceso del moro fronterizo a la calidad de personaje literario en el siglo XV en el romancero y la lírica, y en el siglo XVI en la novela (F. López Estrada, 1970: p. 131). Otros textos no tratados por estos historiadores y que circularon por la Península pueden modificar ese calendario. Piénsese en la primera localización de la *Història de Jacob Xalabín* en territorio peninsular y las hipótesis sobre su llegada (E. Popeanga - J. M. Ribera, 1985), en el estudio del mundo árabe en *Tirant lo Blanc* según investigaciones como la reciente y debatida de la Dra. M^a J. Rubiera (Univ. d'Alacant) o en el episodio de Camar en *Curial e Güelfa* según advertencia de su presentador A. Rubió i Lluch. No pretenderé yo, no obstante, empeñarme en establecer un eslabón más remoto que tenga que ser catalán ni caeré en inaugurar ninguna polémica. Baste con la que pudo haber habido entre F. López Estrada (1992: pp. 19-20) y C. Guillén (1965) sobre lo que cabe entender por cabeza de grupo de un género, en este caso el morisco. Y conste que ciertas llamadas de uno y otro me han hecho cavilar sobre si la comparación de *Història de Jacob Xalabín* no sería más oportuna realizada con algunos cuadros de *Guerras Civiles de Granada* (1595, 1619) de Ginés Pérez de Hita o con *Ozmín y Daroja* (*Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán, 1599-1604). Insisto, con todo, en que lo que me interesa es establecer la coincidencia de motivos recurrentes, punto de partida en el que se nutre la topificación de lo morisco en la literatura.

De acuerdo con L. Morales Oliver (1972: pp. 24-26) lo morisco es una atmósfera que conlleva optimismo idealista, condensación argumental, estilización clasicista, ambientación lingüística, ornamentación y elementos decorativos, amplitud de sentimientos (convivencia, caballerosidad). Es cierto que la *Història* escapa a rasgos como la estilización. Más cuando se trata de requiebros estilísticos del lenguaje (L. Morales Oliver, 1972: pp. 38-50), allí donde *El Abencerraje* puede ensayar registros diversos (vigoroso / delicado / artificioso) en función de los niveles compositivos (lo caballeresco –lo sentimental– lo cortesano) (E. Moreno Báez, 1954: p. 318). Para entenderlo habría que atender a su impronta oral y de factible literatura de cordel, a los niveles de verbalización que permite en un espacio abierto (D. Madrenas - J. M. Ribera, 1993-1, 1993-2). Piénsese que si *El Abencerraje* en la versión de Villegas conserva ciertas fórmulas y signos de remota oralidad –“dice el cuento que...”, “...hablar os he dos palabras”, “está

atento...”, “...de la manera que oirás”, “contaros he...” (AHJ pp. 104, 112, 114, 129)– esas son ya formas absorbidas por la escritura; pero también que toda la crítica ha reconocido una creciente estilización en la gradual literaturización del relato, a la cual escapa la versión de la *Crónica*. Ya ha sido considerada como más arcaizante y primitiva (F. López Estrada, 1992: p. 13) y es significativo atender a las diferentes finalidades y diversos destinatarios de cada una de las versiones (F. López Estrada, 1965: p. 6; 1992: pp. 12-13). Late en el origen de *El Abencerraje* la tradición oral. La estilización es un elemento añadido con la perspectiva sobre el ya tradicional interés por lo musulmán. O también por la capacidad estilística del autor, o por su intención como podría verse contrastando los textos catalanes citados de cronología más cercana entre sí.

Atendiendo por tanto a que la variación formal no ha de entorpecer la comprensión de las constantes de los textos, se puede acceder a la siguiente revisión aglutinando algunas de las propuestas realizadas por L. Morales Oliver:

a) Idealización mediante la occidentalización: En *El Abencerraje* se establece mediante la hermandad entre Narváez y Abindarráez donde cabe contemplar el triunfo moral de los individuos frente a la situación histórica de la guerra de frontera según F. López Estrada (1992: p. 52). En la *Història*, en la oposición del tandem Jacob - Alí Baxà a las intrigas de la corte. Pero lo significativo es que esa idealización se formaliza trayendo a los héroes enemigos, sino a los ideales que no debían ser tan divergentes, sí al código de la caballería cristiana. Abindarráez es repetidamente tratado como “caballero” (AHJ, pp. 110, 115, 122, 123). De Jacob su retrato cortesano se completa caballerescamente (HJX pp. 74-75, 86), sus acciones serán “cavalleries” y él se presentará como caballero: “nosaltres són hòmens qui vem per lo món sercant la nostra ventura” (HJX p. 87).

Parejo a lo caballeresco va lo sentimental de raigambre post-trovadoresca y cancioneril. Abindarráez expresa su cuita de amor, repitiendo tópicos del *fin’amors*, se confiesa “captive de amor” (AHJ pp. 119, 121, 127). Jarifa se incorpora al código pues también ella se declara “captive de amor”, se opone al matrimonio convenido y alaba la “cortesía” de Narváez (AHJ pp. 124, 124-125, 139). Pero, más allá, es ella quien propone la celebración del matrimonio secreto que se llevará a cabo (AHJ pp. 120, 124-125). Jacob por su parte proclama su “joi” y se presenta como “...pobre servent e sclau són seu” (HJX p. 93), de Nerguis, quien previamente ha hecho entrega de una prenda y lo ha requerido como caballero suyo (HJX pp. 89-91). También ellos consumarán su relación, sólo que el tono en que se expresa la respectiva satisfacción de Abindarráez y Jarifa y de Jacob y Nerguis es muy distinto (AHJ p. 125; HJX p. 106). Ahí varían los textos.

Idealización que además cumple con una función intelectual-aproximativa, se completa más abstractivamente. El soporte profundo del correcto proceder de

esos musulmanes es de perfil espiritual. F. López Estrada ha detectado el sentido senequista de tantas apreciaciones y actitudes de Abindarráez (AHJ pp. 111, 115, 122, 127, 135, 136), sentido sólo en un par de ocasiones apreciado en Narváez (AHJ pp. 130, 137), así como ha tratado sobre las posibles fuentes (1957: pp. 185-195; 1992: p. 46) abogando por el “temple senequista” de los personajes del relato. Se trata de la incursión de un espíritu para-cristiano en la mentalidad musulmana al que ésta históricamente no tenía porque ser ajena (F. López Estrada, 1970: p. 144) y que en la *Història* se convierte en una intromisión del narrador cristiano a todas luces partidista: Jacob actúa bajo la protección del Dios cristiano (HJX p. 80), frente a los otros turcos. Según la lectura que se haga puede pensarse además que la cita de San Mateo que se interpola en el texto está en la boca o en la cabeza de otro personaje turco, l’Amorat (HXJ p. 70). Viene en cualquier caso bien para razonar justificadamente sus acertadas cavilaciones.

Un tercer nivel en el que se apoya esta idealización es el de las referencias clásicas. Explícitas en *El Abencerraje* y puestas en boca de Abindarráez (AHJ pp. 116-118), no lo son en la *Història*. Pero no son ajenas a las relaciones establecidas entre sus personajes, así entre Issa Xalabina –Jacob y entre Jacob– Alí Baxà que remiten entre otros posibles modelos al mito de Fedra y a la pareja de Castor y Polux (J. M. Ribera, 1990-1991: pp. 20-21) con el mismo margen de acierto con que se puede hablar de modelos clásicos para la relación fraterna de Jarifa y Abindarráez (F. López Estrada, 1957: pp. 157-160; 1992: p. 112. n. 19). Habrá con todo que advertir de la factible coincidencia de motivos entre occidente y la cultura musulmana, Ovidio y *El collar de la paloma* por ejemplo (F. López Estrada, 1970: p. 145).

b) Ambientación de corte musulmán: la idealización podría neutralizar el atractivo del relato emparejándolo a otras formas narrativas conocidas. La noticia exotista equilibraría ese riesgo, conectaría con un determinado interés y sería en gran medida acicate de lo morisco.

Escueta es la noticia sobre el gusto por vestirse de los turcos y sobre algunos detalles de su vestimenta en la *Història* (HXJ por ej. pp. 111, 119, 120) al lado de la aparición de Abindarráez en *El Abencerraje* (AHJ pp. 107-108), hermosa concesión a aquel interés bien documentado en el romancero. La *Història* diseña su atmósfera de interiores mediante la referencia a instrumentos musicales como “anafils” y “atzemares” (HJX p. 119). *El Abencerraje* insiste en situar escenas en el jardín, topificado espacio árabe, hasta llevar a él la escena de una cena (AHJ p. 135) sobre la cual hay que imaginar un cielo estrellado que a los cristianos sólo convida a guerrear (AHJ p. 106). Recuérdese que la versión *Corónica* da más ampliación ambiental (F. López Estrada, 1957: p. 27). Hay signos en todo ello de lo que el cristiano contemplaba y le podía seducir. Por ahí se abre un resquicio a

favor del costumbrismo y de la traslación de situaciones dadas que ambos narradores saben incorporar a favor de la lógica de sus relatos. Es el caso, en la *Història*, del dato sobre la visita de la torre mortuoria o sobre el velo que cubre la cara (HJX pp. 100, 107, 113) y que sus personajes aprovechan en su favor, y, en *El Abencerraje*, del diálogo de Jarifa –que también se cubre el rostro al comenzar su viaje (AHJ p. 128)– con Abindarráez, donde F. López Estrada (1992: p. 127, n. 52) ve un reflejo del lenguaje de los tratados de frontera.

Una cuestión interesante, tradicional por otra parte en los textos medievales, es la justificación de la comprensión lingüística, información que hace verosímil la situación a la vez que añade un dato atractivo de geografía humana. *El Abencerraje* de Villegas resuelve muy bien y de manera distinta a la versión de la *Diana* la cuestión eliminando las palabras en algarabía que pronuncia Abindarráez para pasar a un justificable bilingüismo de frontera (F. López Estrada, 1957: pp. 239-241; 1992: p. 11, n. 17). La *Història* no necesita esa justificación pues todos los personajes son turcos. Pero, pensar en un receptor muy próximo a aquella realidad, puede haber permitido al emisor ensayar una imitación gráfica y fonética de voces árabes, griegas o turcas al dar los nombres correctos de todos los cargos de la corte o, por ejemplo, al hablar de “xamxa”, “façol” y “alachàs” (HJX pp. 68, 11, 146). Sólo ante un elemento, la palabra le puede haber resultado extraña en exceso e intenta la plasmación mediante un genérico sinónimo catalán “mandil” (HJX pp. 91, 148). Esos ambientes, añadamos, que en gran medida crea el componente lingüístico, se ubican en una geografía constatable: la *Història* establece todo un periplo (HJX, caps. I, IV, XV, XVII) y Abindarráez entona un cantar que resume los lugares del relato (AHJ p. 108).

c) Historicidad: Ese mundo que oscila entre la información exotista y el trasfondo occidental se encuadra entre unos datos históricos que atañen al receptor cristiano, aunque pueda cometerse algún desmán. La *Història* que, de acuerdo con lo dicho, trabaja intencionadamente con personajes históricos y sobre hechos que las crónicas informarían de otro modo, yerra la fecha de la batalla de Kossovo, de 1389, fechándola en 1387 (HJX p. 141), lo que suele entenderse como errata del copista. *El Abencerraje*, que igualmente cuenta con un Rodrigo de Narváez suficientemente documentado, amplía su cronología de la toma de Antequera (1410) a la de Alora (1482) cuando el primer Narváez alcaide de Antequera murió en 1424 (F. López Estrada, 1957: pp. 268-277; 1992: pp. 33-35). Sólo me atrevo a sugerir, de acuerdo con esa información, que donde F. López Estrada no ve lógica una exaltación del linaje, cometiendo ese error, quien originara el homenaje –quizás con ocasión de la vuelta de la familia a la alcaidía de Antequera, ausente entre 1472-1529 (F. López Estrada, 1965: p. 12), e incluida en el repartimiento de Alora en 1492– intentara un Narváez emblemático y atemporal. Se trata en

cualquier caso de “escoger datos (cronísticos) favorables y realzarlos de manera convincente” (F. López Estrada, 1957: p. 90). El referente histórico en uno y otro caso queda ahí y funciona como resorte literario a favor de la verosimilitud del relato. Para ambos títulos podemos aprovechar la consideración de C. Guillén sobre la novela morisca (1971: pp. 165, 162) destacando la creación de un espacio histórico y geográfico familiar a los receptores en el que cabe una forma temprana de *novela histórica*.

3. Un último punto –el que me animó a enfrentar estos dos textos por conciencia de haberme saltado un eslabón cuando en ocasión pasada intenté recomponer la evolución hacia la *nouvelle* en las letras peninsulares– resumiré ahora. En otras aportaciones he insistido en mi lectura de *Història de Jacob Xalabín* como texto que el lector románico podría descodificar como *nouvelle* (J. M. Ribera, 1990-2: pp. 32-40, 59-60; 1990-1991: pp. 32-37). Con breves alusiones previas, por ejemplo por parte de E. Moreno Báez (1954: pp. 317-318) y de A. González Amezcua Mayo (1982: p. 425), *El Abencerraje* cuenta hoy con todo un corpus crítico en idéntico sentido compuesto por F. López Estrada (1957: pp. 71-78, 133-141; 1965: pp. 10-11; 1992: pp. 20-22, 28-33, 37-41, 128 n. 54, 131 n. 57) y J. Gimeno Casalduero (1972). Muchos rasgos comunes que hablan del camino hacia la retórica de la *nouvelle* podrían destacarse. Así el de los datos a favor de la verosimilitud del relato, por ejemplo la intervención de sendos “metges” (HJX p. 59) y “zurujano” (AHJ p. 132) ante personajes enfermos. Sólo quiero destacar un aspecto, el del desenfadado tono lingüístico con el que la *nouvelle* descongiona el envaramiento léxico y de los diálogos de la primera narrativa románica. La *Història* sabe incorporar expresiones orales en momentos oportunos (HJX pp. 62, 83, 113). En *El Abencerraje* Jarifa hace gala de una voz desenfadada y viva en los diálogos (AHJ pp. 125, 127, 131). Ese registro entona también su dueña (AHJ p. 124). Lo cual debe hacernos pensar en la entrada en el espacio femenino como una posibilidad narratológica. En la *Història* Nerguis y la hermana del señor de Satàlia, también la “cambrera” (HJX p. ej. p. 109), controlan la verdadera trastienda del juego cortesano. Por su parte Jarifa, “gentil dama” (AHJ p. 131), muestra un carácter igualmente resuelto que nos permitirá el acceso a la “cámara secreta” y a sentarnos con Abindarráez en su “cama” (AHJ p. 124). De ahí al falso recato y a la consumación del desposorio secreto (AHJ p. 125) no falta nada. Idéntica es la capacidad de acción que mueve a Nerguis, de “angelical figura” (HJX p. 111), a organizar el episodio de la torre mortuoria de su madre donde se consuma la unión con Jacob (HJX caps. V, VIII, IX), aunque también ella pueda entonar un falso lamento (HJX p. 125). La procacidad de casos semejantes, se ha escrito, puede justificarse moralmente en que son personajes no cristianos (F.

López Estrada, 1957: p. 168). No sé hasta que punto eso es así pues la voz que relata la *Història* si lo es y se complace como testigo de los hechos (J. M. Ribera, 1990-1991: p. 29). Nos parece más acertado pensar en un recurso de falsa moral que, en el mundo de la *nouvelle*, se va trasformando en juego irónico.

Para terminar, pensamos que se trata en cualquier caso de aceptar las variaciones y, sobre todo, de asumir que ya sea para rastrear la evolución de ciertas estructuras narrativas o la conformación de la retórica de un género en el espacio peninsular nos puede ser muy útil barajar documentación de sus diversas tradiciones literarias. Por lo que se refiere a la narrativa morisca bastaría pensar en un germen nacido en zonas culturales en contacto, experiencia que vivieron todas las tradiciones peninsulares.

Juan M. RIBERA LLOPIS
Universidad Complutense de Madrid

EDICIONES DE LOS TEXTOS

- Història de Jacob Xalabín*, a cura d'A. Pacheco, Barcelona, Barcino, 1964, E.N.C., col.lec. A, 93 (cito por HJX y pág).
- Novela del Abencerraje y Jarifa*, en *El Abencerraje (Novela y romancero)*, ed. de F. López Estrada, Madrid, Ed. Cátedra, 1992, Letras Hispánicas, 115, (cito por AHJ y p.).

CRÍTICA REFERIDA

- GIMENO CASALDUERO, J. (1972): "*El Abencerraje y la hermosa Jarifa*": *Composición y significado*, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXI, pp. 1-22.
- GONZÁLEZ AMEZUA y MAYO, A. (1982): *Cervantes creador de la novela corta española*, introd. a ed. crít. de *Novelas Ejemplares* de M. de Cervantes, Madrid, C.S.I.C., T. I.
- GUILLEN, C. (1965): *Individuo y ejemplaridad en el "Abencerraje"*, *Collected Studies in Honour of Americo Castro's 80th. Year*, Lincombe Lodge Research Library, Oxford, pp. 175-197.
- (1971): *Literature as Historical Contradiction: "El Abencerraje", the Moorish Novel, and the Eclogue*, *Literature as System*, Princeton, Princeton University Press, pp. 159-217.
- LOPEZ ESTRADA, F. (1957): *El Abencerraje y la hermosa Jarifa. Cuatro textos y su estudio*, Madrid, Publicaciones de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- (1965): "*El Abencerraje y la hermosa Jarifa*". *Edición, prólogo y notas*, Madrid, Anaya.
- (1970): *Introducción a la literatura medieval española*, Madrid, Gredos.
- (1992): *El Abencerraje. Novela y romancero*, Madrid, Cátedra.
- MADRENAS, D., RIBERA, J. M. (1993-1): *Oralitat i narratologia: hipòtesi de treball sobre la narrativa breu en prosa*, Actes del Novè Col.loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes, Abadia de Montserrat, vol. I, pp. 167-187.
- (1993-2): *Oralitat i narratologia: De la "Història de Jacob Xalabín" a la "Tragèdia de Caldesa" de Joan Roís de Corella*, Actas do IV Congresso da Associação Hispânica de Literatura Medieval, Edições Cosmos, vol. II, pp. 307-313.
- MARAVALL, J. A. (1972): *Estado moderno y mentalidad social (siglos XV a XVII)*, Madrid, Ed. de la Revista de Occidente, T. I.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1956): *España eslabón entre la Cristiandad y el Islam*, Buenos Aires, Espasa Calpe.
- MORALES OLIVER, L. (1972): *La novela morisca de tema granadino*, Madrid, U.C.M.
- MORENO BAEZ, E. (1954): *El tema del Abencerraje en la literatura española*, *Archivum*, 4, 1954, pp. 310-329.
- POPEANGA, E., RIBERA, J. M. (1985): *Sobre una nota de Nicolae Iorga*, *Revista de Filología Románica*, U.C.M., III, pp. 297-304.

- RIBERA LLOPIS, J. M. (1990-1): *Configuración del concepto de “viaje” (Documentos y diplomas catalanes. Siglo XIV)*, *Revista de Filología Románica*, U.C.M., nº 7, pp. 301-308.
- (1990-2): *Narrativa breu catalana. Segles XIV-XV*, València, Tres i Quatre.
- (1990-1991): *Per a la interpretació –literària– de la “Història de Jacob Xalabín”*, *Llengua i Literatura*, I.E.C. - Curial Ed., 4, pp. 7-37.
- WHINNOM, K. (1959): *The Relationship of the Three Texts of “El Abencerraje”*, *The Modern Language Review*, 54, pp. 507-517.